

Ulyses

Noticiario

BOTELLA EN EL MAR. (*)

Juan Negro, el poeta que en 1936 obtuvo el Premio Municipal con su obra «Mensaje de Poesía» de gongorino texto, nos ha regalado en la misma tarde de San Silvestre del año 1947, recién extinguido, cuando el lector asiduo ya pretendía totalizar la producción literaria chilena, una obra ejemplar, una pequeña «chef d'œuvre» escrito así en el idioma de Racine para no herir la susceptibilidad literaria de quienes ignoran esta sagrada lengua.

El mar, con su alegría de Juan Ramón Jiménez; el mar del Corsario Negro y de Benito Cereno; el de nuestros compatriotas Salvador Reyes y Jacobo Danke, el mar pensante de Paul Valéry y su clámide sonora, nos envuelve con sus flujos y reflujos, nos hace aspirar su inmensidad movediza y yodada, en esta novela breve de Juan Negro.

No hay en ella retórica a pesar de que el tema está resuelto en forma puramente imaginativa; ni exceso de metáforas, esos tropos verbales que terminan por fatigar como un caramelo interminable o una pedrería que deslumbran, pero que también entorpecen la vista. Quien escribe es un poeta, un lírico culto,

(*) Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, 1947.

más cercano a don Luis de Góngora que a la emoción nítida de Lope y quizá si por esta característica de su natural estético, cuida una sobriedad que deleita sin franquear la línea imponderable que disocia la realidad de la fábula y a esta última de la alegoría convencional, disuelta en renglones inspirados. Lo mismo que ocurre con el genial Guillaume Apollinaire, con tintes más cargados, con una estructura más urbana y densa, en «La Heresiarca y Cía» y en «El poeta asesinado».

Su protagonista es nada menos que el mar, el mar que prodiga sus perlas irisadas en los figones de los puertos, un mar que bebe ron y chapotea en las pozas, que se preocupa de los pescados que cuelgan como mercaderías y de los grandes buques alimentados de petróleo y carbón y que un día a ruego del fantástico narrador, cambia la tonalidad de su lomaje y se transforma en un mar color rosa que hace gritar a los chiquillos y aglomera a los escasos habitantes del puerto en la vecindad de sus olas.

Con esta trama mínima propensa a ser desarrollada con exceso de monumentalismos o con disertaciones de tipo tropical, escamadas y vibrantes, Juan Negro desenvuelve su acción sensible por medio de una forma sencilla y ágil, cuya técnica delata en cada uno de sus rasgos más acertados, la sensibilidad depurada y alerta del poeta pronta a rectificar al más mínimo asomo de desfallecimiento. Y como la obra fantástica, de auténtica raíz brotada de una observación precisa de la realidad, ligada a una imaginación sin trabas, no puede ser algo convencional que los adultos lean meditando en los secretos de su ficción, quien coge esta novelita poemática, la sigue sin reposo, vencido el realismo de su mentalidad cotidiana por la sorpresa esplendente de la fábula. Se debe tal efecto quizá a que el poeta, autor de la obra, conoce el mar con sus cavernas y moluscos y lo ama sin hopalandas retóricas, en su plenitud originaria, sin tapizarlo tampoco con nomenclaturas náuticas extrañas a su paciente inmensidad.